

CAPÍTULO V.

Predicacion de las órdenes mendicantes y su influencia: nuevo estilo de la Elocuencia cristiana: consideraciones generales.—Foulques.—San Francisco de Asís.—Santo Tomás de Aquino.—San Buenaventura y San Anselmo.—Estado de la Elocuencia sagrada en España durante la segunda mitad de los siglos medios: oradores notables antes del siglo XV: ligeras consideraciones acerca de sus trabajos.

Desde la muerte de San Bernardo hasta la renovacion de las letras, varias causas producen un período de visible decadencia bajo el punto de vista del arte en la predicacion del Evangelio.

Confiada durante este tiempo la enseñanza oral de la verdad á las órdenes religiosas, estas resúmen todas las glorias del púlpito; y si los nombres y las composiciones de muchos oradores ilustres se han perdido, no así la gloriosa memoria de su ardor y su entusiasmo, de su celo infatigable, de sus virtudes, de su heroísmo y ardiente caridad.

Toscas en apariencia, incorrectos en el decir, amanerados en la forma, sutiles, ampulosos, tales como se nos presentan la gran mayoría de los predicadores de las Cruzadas y los que les siguen despues, el recuerdo de sus sacrificios, de sus conquistas los colocan á gran altura, como obreros incansables de la viña del Señor.

A los hijos de San Francisco de Asís, *heraldo que proclama al gran Rey*; á los de Santo Domingo de Guzman, gloria de España; á los Carmelitas, célebres en Oriente y Occidente; á los Predicadores del orden de la Santísima Trinidad, elogiados por el P. Fr. Bernardino de San Antonio; á los Heremitas de San Pablo, de cuyo mérito nos habla el Cardenal Bona; á los Agustinos, vindicados por Raulin de las calumnias de Croze, y á otros célebres institutos debe la humanidad durante muchos siglos la conservacion de la fé y la gloriosa salvacion moral de pueblos enteros sumidos en la ignorancia y la barbarie.

La aparicion de las órdenes monásticas vino, segun dice oportunamente un célebre historiador, á llenar una gran necesidad en la Iglesia. Los albigenses, los discípulos de Pedro de Bruis, de Arnaldo de Brescia y otros, siguieron el ejemplo de Pedro Valdo, que se dió á dogmatizar ciegamente, profesando la pobreza, y queriendo resucitar la Iglesia, muerta segun decia, á manos de Constantino.

Dá tambien principio en este período una nueva época en la historia de las misiones, que como ya hemos dicho, comienza en la edad heróica del Cristianismo. Una vez regenerada la Europa y habiendo conseguido los defensores de la verdad hacer de aquella una gran familia de hermanos, volvieron sus ojos á lejanas tierras, á remotas regiones, donde la degradacion del hombre habia menester de la palabra de Dios: era preciso penetrar en ásperas selvas, atravesar los mares y correr grandes peligros; nada de esto les intimidaba, y se lanzan gustosos al martirio con tal de estender los dominios de Cristo.

Cada mision ofrece un carácter distinto:—«En Levante, un pobre sacerdote disfrazado de turco, se arroja en un esqui-

fe, desembarca en un miserable asilo construido bajo unos trozos de columna, consuela al descendiente de los vencedores de Jerges, que yace en un monton de paja, distribuye limosnas en nombre de Jesucristo, y practicando el bien donde se imperaba el mal, vuelve humilde á su desierto despues de haber echado la semilla del Evangelio en la tierra cuya salvacion le ha sido confiada.—Dos religiosos franciscanos fueron los primeros europeos que penetraron en la China á mediados del siglo XII: las preocupaciones mas arraigadas, los usos mas antiguos y un ciego fanatismo consagrado por el tiempo se desvanecen ante el reconocimiento del Dios verdadero.—Por último, mientras el Cristianismo era reverenciado por los adoradores de Ko-Hi, se anunciaba á los nobles japoneses y se introducía en la córte de los sultanes; la palabra del misionero se escuchaba hasta en naciones salvajes, cuyos habitantes andan como pájaros en las ramas de los árboles.... (1)»

Todas las riberas, decia el P. Lacordaire hablando del órden de Predicadores (2), entre cuyos individuos se cuenta Santo Tomás de Aquino, han guardado la huella de su sangre, y todos los ecos, el sonido de su voz. El indio.... el japonés y el chino separados del resto de la tierra por las costumbres y el orgullo, mas que por la distancia, se han detenido para oír á estos maravillosos cisnes: el Ganges les ha visto comunicar á los párias la sabiduría divina; las ruinas de Babilonia les ofrecieron una piedra donde reposar su cabeza y pensar un momento, enjugándose la frente, en los dias antiguos. ¿Qué arenas ó qué florestas no les vieron? ¿qué lengua no habla-

(1) Chateaubriand.—*Genio del Cristianismo*.

(2) *Memoire pour le retablissement en France de l'ordre des freres précheurs*, cap. 2.º

ron? ¿en qué llagas del alma ó del cuerpo no pusieron mano? Y mientras daban una y otra vez la vuelta al mundo, sus hermanos llevaban la palabra en los concilios y en las plazas públicas de Europa; escribian de Dios, mezclando el genio de los Padres de la Iglesia al de Aristóteles y Platon, el pincel á la pluma, el cincel del escultor al compás del arquitecto; levantando en variadas formas esas famosas *Sumas teológicas*, diversas por los materiales, únicas por el pensamiento, que nuestro siglo vuelve á leer y está cerca quizá de amar.

En aquellos dias de exaltacion religiosa no era hasta cierto punto necesaria una elocuencia clásica: bastaba enseñar á los fieles con sencillez y naturalidad; y por esto sin duda las leyendas religiosas, las vidas de los santos, las esplicaciones y alegorías de la Escritura, los sermones místicos y morales, sucedieron á las vivas é impetuosas arengas de la edad de oro de la palabra cristiana, viniendo á ser en medio de sus defectos, la única manifestacion de cultura de largos siglos. Hasta la poesía y el teatro participaron de este carácter; siendo la fiel espresion del sentimiento ático y religioso del pueblo.

Hay en los oradores posteriores á San Bernardo, y en casi todos los de los siglos medios, mas tendencias prácticas que literarias; dirigen sus esfuerzos á producir efectos reales, duraderas conversiones y la reforma de las costumbres; prescinden de la elocuencia de los Padres, á quienes estudian para acumular doctrina; pero á quienes no imitan en la pureza del idioma, en la brillantez de las imágenes, ni en la novedad de los giros.

La ignorancia del auditorio no es á nuestros ojos disculpa bastante para producirse en el púlpito con descuido, pero

á ella se debió en parte la incorreccion y el desaliño que dominó por largo tiempo en la predicacion del Evangelio: ni los reyes, ni los señores feudales, ni el clero mismo eran instruidos: á los hombres de letras sucedieron los guerreros; al derecho, la fuerza; al raciocinio, la espada; á la creencia, el fanatismo; y á las formas judiciales, las pruebas vulgares, el combate y la intervencion de la Divinidad en los juicios: en periodos, en momentos de lucha material, la palabra decae necesariamente, y decayó en efecto en su única y esclusiva manifestacion en la edad media, en la manifestacion religiosa.

Durante esta época aparece la *escolástica*, nuevo estilo que domina al púlpito por espacio de largos siglos, que contribuye á ensanchar el campo de la metafísica, á desarrollar la lógica, dando carácter analítico á los idiomas modernos todavía nácientes, á sutilizar las disputas y controversias teológicas; pero que considerada bajo el punto de vista de nuestros estudios, fué una de las principales causas de la decadencia que lamentamos: temíase entonces que la brillantez de la forma oscureciese la fuerza lógica del raciocinio, y esta preocupacion, que aun en nuestros dias alimentan algunos, dió funestos resultados en cuanto al modo de componer y predicar los discursos en la cátedra de la verdad.

Del abuso del raciocinio, del afán de sutilizar, de profundizar ó elevarse á las mas altas especulaciones, casi puede decirse que nacieron en esta época las heregías escolásticas, distintas de las indo-helénicas y dogmáticas, combatidas por los PP.; contándose entre ellas las de Escoto, Orígenes, Berenger, Guillermo de Champeaux, Amaury de Chartres, Gilberto Porré, Roscelin, el célebre Abelardo y posteriormente las de Wicief y Juan Huss. Por regla general estas heregías,

á escepcion de la de Abelardo, no se presentaron adornadas con las brillantes formas de la oratoria, sino con la expresion rigurosa del método *dialéctico*, y por consiguiente fué preciso salir á su encuentro con las mismas armas y adoptar para vencerlas en lid igual su manera de razonar. Por eso los teólogos de aquellos siglos combatieron tan terribles errores con la profundidad lógica de la filosofía, y desdeñaron las galas del lenguaje; siendo en ellos hasta cierto punto disculpable esta conducta, nacida de las condiciones especiales de la época, y en su entender de las necesidades mismas de la religion.

Antes de la segunda mitad de los siglos medios, aunque los sábios fuesen contados y la educacion defectuosa, por lo menos se estudiaban los dogmas en la Escritura y la disciplina en los cánones, y se tenia una ciega veneracion á los PP., cuyos escritos se copiaban ó compilaban para conservar la tradicion. El establecimiento de las escuelas, conocidas mas tarde con el nombre de universidades (1), y la de los colegios (2) sirvieron por cierto tiempo para mantener los tesoros de la antigüedad clásica cristiana; pero poco antes de esta época el gusto de los buenos estudios estaba perdido. Enseñábase la gramática, pero sin cuidarse de corregir la lengua latina, llena de modismos, de giros propios de los diversos dialectos que hablaban los pueblos (3) y falta de reglas fijas en el régimen y en la construccion; abandono tanto mas trascendental, si se tienen en cuenta las grandes dificultades.

(1) No tomaron este nombre hasta el siglo XIII.

(2) A mitad del siglo XIII.

(3) Tales como el céltico, el teutónico y otros. Los nuevos idiomas se formaron paulatinamente, como puede verse en los estudios que se han hecho sobre los orígenes del provenzal, el castellano, el francés y el italiano.

tades de la síntesis y del hiperbaton. Los que de tal modo adulteraban el idioma latino, del cual se servían para escribir y hablar (1), no procuraban conocer ni el hebreo ni el griego; la retórica consistía en acumular metáforas y otras figuras estudiadas; la historia era un fárrago indigesto de cuanto parecía mas inverosímil, y sobre todo el estudio de la filosofía reducíase á un ejercicio cotidiano de disputas y controversias sin fin.

Juan de Salisburi se quejaba en el siglo XII de que algunos consumiesen su vida entera estudiando lógica y de que discudiesen sin término sobre las palabras, dividiendo y subdividiendo en diversas partes el discurso, poniendo empeño hasta en hacer mas difícil y dudosa su comprensión. Estimábase en mucho el sentido figurado, la alegoría, todo aquello que usado con afectación y demasiado estudio desnaturaliza la verdadera oratoria, que tiende á hermanar prudentemente la naturaleza y el arte, y nos ofrece por este medio el mayor de los atractivos, la novedad y la armonía.

Tales son entre otras las principales causas de la decadencia de la oratoria sagrada antes del siglo XV. Los oradores, al dirigirse á la muchedumbre en los templos, en las calles, en las plazas y hasta en el campo, eran seguidos de una multitud inmensa que lloraba, gritaba y se arrojaba al suelo en prueba de ciega sumisión y de respeto. Desnudos de buena instrucción, cuando tenían oportunidad de hablar, dice el

(1) Desde el siglo VIII hasta mediados del siglo XII, fué la lengua latina la única empleada en los testamentos, diplomas, decretos de concilios y otros documentos públicos, y en los trabajos de los escritores. La corrupción se debió: 1.º á la invasión de los árabes; 2.º á la ignorancia del vulgo, y 3.º al trato de los catalanes con los franceses. (Opinion de varios autores.)

Obispo de Beja, se tomaban la licencia de producirse por un estilo de *nueva invención*, totalmente opuesto á la frase elocuente de los antiguos, porque el genio de las especulaciones es muy árido, y ajustándose á los asuntos que le forman, está muy distante de la suavidad propia del trato comun.

«En esta época, continúa el mismo escritor, en que se respiraba la ignorancia mas grosera, aunque ciertas materias estuviesen bien cultivadas, la elocuencia se miraba casi con desden é indiferencia: los mismos que se mostraban fieles á las vocaciones del ministerio del púlpito, eran esclavos del método que habían aprendido para persuadir; el celo les obligaba á hablar, pero la índole de sus estudios disculpaba la imperfección en su desempeño: su elocuencia era mas recomendable por la piedad que por el artificio retórico.... Falta la predicación de toda galanura en la fama, no impidió que fuese abundantísimo el fruto en la *era* del Señor, mérito que Dupin reconoce en el autor de la *Perpetuidad de la fé*, ora le contemple convirtiendo idólatras, santificando pecadores, perfeccionando justos ó confundiendo heregias. De tal manera manifestaba Dios por cuán diversos medios llama á los hombres: la gracia y la virtud de los ministros suplía la imperfección oratoria.

Pero por mas que fuese tosco el estilo de predicar antes del siglo XV, no debe ser por eso tenida la elocuencia de aquellos tiempos por una dicción afectada en un fondo frívolo, cuando admitimos que esta elocuencia confusa de los antiguos producía frutos: tal opinion tiene su abono en los predicadores, en quienes las Escrituras formaban el capital, aunque algunas veces adornasen sus panegíricos con etimologías de los nombres de santos é impertinencias semejantes. La na-

turalidad de esta especie de elocuencia, se deja conocer en las composiciones que se conservan en la gran Biblioteca de los Padres, y en la que ordenó el Combecis con el esclusivo objeto de suministrar á los predicadores materia para sus composiciones. El estilo del siglo XII y siguientes, lo cifró Dupin en estas espresiones:—*El modo con que era anunciada la palabra de Dios, tenia mucho de método escolástico.*— Los sermones estaban llenos de divisiones, de distinciones continuas y de comparaciones triviales. Es muy raro hallarse en ellos algunos puntos de moral descubiertos en toda su estension, manifestados con la claridad de que son capaces, establecidos sobre principios sólidos y proseguidos con elocuencia. Los predicadores se contentaban con proponerlos secamente, explicarlos de una manera comun, y fundarlos sobre algunos pasajes de la Escritura, tomados muchas veces en diversos sentidos del *natural*. Los asuntos eran disputados como se disputan las cuestiones escolásticas en las aulas, y las autoridades de los filósofos gentiles hacian una parte de la ostentacion de los oradores (1).»

De tal manera se espresa el sábio Obispo portugués, confirmando con su autoridad cuanto llevamos dicho acerca de la predicacion del Evangelio durante una gran parte de los siglos medios, época poco estudiada bajo el punto de vista de la oratoria, y acerca de la cual Henry y otros autores nada nos dicen, sin duda por los escasos monumentos oratorios que ha legado á la posteridad (2).

(1) Fleury en sus *Discursos* opina casi del mismo modo.

(2) Faltaríamos á un deber de gratitud si no nos apresurásemos á consignar en este sitio los singularísimos favores que para la composicion de este segundo libro nos han dispensado varias personas; las noticias, libros y datos curiosos que nos han proporcionado los señores don

Foulques, como orador de circunstancias, de pasion, de energía y de entusiasmo, merece que hagamos de él mencion, siquiera su elocuencia se nos presente con caracteres inferiores á la que distinguió á Pedro el Ermitaño, y mas aun al Abad de Clairvaux.

Intérprete toscó y desaliñado de los deseos del pueblo y las nobles aspiraciones de Inocencio III, despertó con sus fervorosas y continuas predicaciones el abatido espíritu de nobles y plebeyos, recogió aplausos en Francia, Flandes, Borgoña y parte de la Alemania, y armó el brazo de los guerreros para una nueva cruzada.

Durante su vida y aun despues de su muerte, tuvo muchos imitadores, que carecieron por regla general de sus dotes naturales y de talento bastante para poderle superar.

San Francisco de Asís.

Alma predispuesta para el sacrificio, corazon encendido, espíritu enérgico, voluntad de hierro, imaginacion viva, tierna, apasionada y poética; *imbécil* á los ojos de Michelet, loco segun la frivolidad y el orgullo de ciertas gentes, San Francisco de Asís es una de las mas grandes figuras que nos ofrece la religion.

José María Escudero de la Peña, del cuerpo de Archiveros Bibliotecarios, D. Lorenzo Arcos Orodea y D. Ricardo Ruiz Benitúa, Abogado del colegio de Madrid, y la amabilidad con que por parte de nuestros respetabilísimos amigos los señores D. Juan Eugenio Hartzenbusch y D. Cayetano Rosell, se nos han facilitado los medios de aprovechar los ricos tesoros de la Biblioteca nacional; auxilios todos sin los cuales no hubiéramos podido llenar el gran vacío que respecto al estado de la elocuencia en los siglos medios hallamos en todos los autores que han escrito sobre este particular.

Los que pronunciando frases de seguro efecto, se dicen amigos del pueblo, defensores de los derechos del pueblo, ¿tendrán valor para rebajar el gran mérito de Francisco de Asís? ¿osarán creerse, no ya superiores, sino iguales, al que, según el Dante, contrajo siendo joven matrimonio con una mujer viuda, á quien como la muerte, nadie abre la puerta de buen grado (1), y con la cual en ejemplar consorcio vivió toda su vida? Los que necios apartan su vista del sol, y admiran esos falsos resplandores, que si brillan algo lo deben á la ausencia de la luz verdadera; los que se convierten en apasionados y dóciles instrumentos de ambiciones, tanto mas criminales, cuanto con mayor cinismo comienzan por apropiarse lo que no es suyo, lo que pertenece al espíritu de la religion que combaten; los que dejan su hogar, abandonan su mujer y sus hijos y esponen su vida por alcanzar la posesion de un bien, del cual se apartan mas, cuanto mas se esfuerzan por obtenerle, esas voluntades, siempre subyugadas, esas manos, siempre oprimidas, esos ojos, siempre secos, esos corazones, jamás satisfechos, ¿por qué, por qué no se levantan al cielo? ¿por qué no acuden al centro? ¿por qué no buscan la verdad? ¿por qué se empeñan en ser desgraciados?...

Solo el espíritu de la caridad cristiana ha hecho posible la existencia tranquila del pobre al lado del opulento palacio del rico; solo el espíritu del Evangelio ha sabido conciliar los desniveles sociales, exigiendo en los unos como merecimiento la resignacion, y en los otros como obligacion precisa y sin escusa, la de curar las llagas y socorrer las necesidades de

(1) ¿Cuáles son, dice, los amantes que en estas líneas te designan mis palabras misteriosas? FRANCISCO Y LA POBREZA. (*Francesco e Proverta.*)—*Paraiso*, canto XI.

sus hermanos. En medio de la peligrosa crisis que atravesaba la Europa del siglo XII al siglo XIII; cuando espiraba el feudalismo; cuando los señores y los barones desaparecian y se bosquejaban las nacionalidades modernas; cuando la lucha personal iba á ceder su puesto de nuevo á la lucha de los principios; cuando el desasosiego de todos daba á entender la proximidad de nuevos y mayores conflictos; cuando la sosegada vida del monasterio era ineficaz ejemplo para prevenir los males que lloraba la Iglesia, cual madre tierna y cariñosa; entonces San Francisco de Asís y Santo Domingo de Guzman, de quien hablaremos despues, oponen á los propagadores de la mentira, que se presentan en tropel, esas legiones de predicadores ilustres, cuya historia está escrita con sangre; esas milicias santas que recorren la tierra descalzas y casi desnudas predicando la pobreza en medio del lujo, la penitencia en el apogeo de la afeminacion y la molicie.

En la imposibilidad de citar uno por uno, ni aun los mas esclarecidos, entre los hijos de esos dos institutos religiosos, que ejercieron de una manera tan sublime el ministerio de la enseñanza, permítasenos resumir en los héroes que les mostraron el camino, las alabanzas, los elogios que todos juntos merecen.

Todavía podemos contemplar en pié las ruinas de algunos de sus asilos venerandos; todavía podemos leer sus empolvadas crónicas, cuyas ediciones completas vá siendo cada vez mas difícil reunir; todavía nos es lícito proporcionar un instante de consuelo, hacer brotar dulces lágrimas en los ojos apagados, mas por el llanto que por la edad, de los que esparecidos viven la vida de la miseria y del olvido en medio del mundo, y la vida de la soledad en el fondo de su alma; y en